

Ricardo Vázquez
Díaz

*Una gaviota para
Raúl Ferrer*

*Cuando me quede un fósforo,/ me cuidaré del viento./ No
puedo fallar.*

*Cuando me quede un tiro,/ me cuidaré del miedo./ No
quiero fallar.*

*Cuando me quede un día,/ me cuidaré del tiempo./ No
puedo fallar*

«FÓSFORO», RAÚL FERRER

Parece haber tomado precauciones Raúl Ferrer para que este 2015, al cumplir cien años, su obra lo resguarde aún del viento, del miedo y del tiempo.

Maestro y poeta, tal vez porque nació en primavera y en un pueblito «tirado» en la bella geografía norteña de Las Villas, desarrolló Raúl Ferrer una sensibilidad que le haría escoger esos dos campos profesionales; parafraseándolo, los únicos que aquel mundo republicano le dejaba poseer y compartir. El trabajo temprano en el central Vitoria y la palabra constante de su abuelo Eufemio –hombre popular y poeta– fueron otros acicates de una personalidad cuya vocación de servicio al ser humano se fue consolidando desde la adolescencia. Quizás por eso matriculó medicina –carrera de la que ni siquiera llegó a recibir una clase–, y luego, hastiado de una sociedad de tan pocas posibilidades, se hizo maestro de forma autodidacta para, durante los meses de tiempo muerto, ganarse la vida dando clases.

Aquella escuelita del central Narcisa fue la fragua de un verdadero maestro popular, de los que soñaba Martí. De ella

brotaba una enseñanza nueva, en un proceso en el que resulta difícil separar lo pedagógico de lo poético y lo político. En ella nacía, además, el líder de la Federación Nacional de Maestros Rurales, que ayudó a organizar. Para 1949, cuando se graduó de Maestro Normal en Santa Clara, Raúl Ferrer tenía ya la maestría pedagógica que da la vida.

En la década de los cincuenta, y en La Habana, Raúl Ferrer afianzó su formación política y su liderazgo en un gremio que, como toda la sociedad cubana, se encontraba dividido entre el entreguismo y la independencia. Prisión y fichaje de la tiranía no amedrentaron al poeta, al maestro, al hombre, que se mantuvo del lado del honor, que es el del pueblo.

Luego del triunfo revolucionario, la mano sabia y tierna de Ferrer estuvo en los proyectos culturales más importantes y abarcadores de la Revolución: la Campaña de Alfabetización, en los años sesenta, y la Campaña Nacional por la Lectura, inaugurada en una fábrica de tabacos el 28 de enero de 1985, cuando Ferrer tenía ya setenta años. Para entonces, había publicado su segundo libro de poesía, *Viajero sin retorno* (1978), y era reconocido como maestro por varias generaciones de cubanos.

En su centenario, *Islas* desea homenajear a un villareño que continúa mostrándonos cómo hacer «más ancha la vida/y el canto/y el mañana». Lo hacemos – gracias a Gerónimo Besánquiz Legarreta – con la publicación de esta obra inédita de Ferrer, un mínimo diario de viajes de 1948 en el que puede apreciarse la sensibilidad y el gracejo del hombre de pueblo y sus grandes aptitudes para el relato. Sea para él, esta gaviota.